

GILLES-GASTON GRANGER: *Langages et épistémologie*, Paris, Klincksieck, 1979.

La variada multiplicidad de puntos de vista, programas y metodologías en la lingüística del siglo XX ha creado una confusión tal, que era necesario que alguien, con una vasta cultura científica y filosófica y con un ponderado buen sentido, tratase de poner un poco de orden en este caos. Este libro de Granger es de difícil lectura por sua gran erudición; el lector hará bien en leer primero aquellos capítulos que por sus temas le sean más congeniales. En este sentido el libro es rico en el análisis de problemas que en general la literatura deja de lado. Entre ellos cito una investigación (capítulo II) sobre los sistemas de notación en matemática y química. En general los lingüistas o se ocupan de sistemas formales abstractos, que el científico no utiliza directamente, o analizan el lenguaje cotidiano. Granger, por el contrario, nos muestra esa zona intermedia, la más rica desde el punto de vista de la práctica científica, en la cual las ciencias no son ni lenguaje cotidiano ni sistemas formales, pero si sistemas simbólicos con una gran capacidad expresiva y, sobre todo, con una gran capacidad de invención y descubrimiento científicos. En el capítulo V Granger ataca el problema de la axiomatización de la noción básica de signo, una empresa sobre cuya importancia no se puede abrigar la menor duda y que desde los tiempos de Karl Bühler no había sido cultivada.

El hilo conductor que corre a lo largo de todo el libro es la idea de que la unidad del lenguaje no es la unidad de lo simple, sino la de lo análogo. El lenguaje es para Granger un fenómeno integrado por capas de muy distinta naturaleza y que cumplen también muy distintas funciones. De ahí que la extrapolación apresurada de métodos o resultados significativos para una cierta capa del lenguaje a otras o termina en vagas generalizaciones y analogías o, en el peor de los casos, remata en una increíble confusión teórica. No es que Granger, para evitar estos riesgos, postule un ideal de pureza metódica, que implica por lo general un cercenamiento del fenómeno a estudiar. No, Granger postula la necesidad de una reflexión crítica para determinar en cada caso la aplicabilidad y el valor teórico de un cierto método. En este sentido Granger denuncia haciendo gala de un gran coraje intelectual la "inflación panlingüística" de muchos

estructuralistas (habría que agregar: de más de un fenomenólogo) que encuentran lenguajes en todas partes basándose en remotas semejanzas con la definición saussuriana (cf. pág. 98). Pero además señala con no menor valentía el uso estéril y torpe de métodos matemáticos donde el trabajo de conceptualización y de esclarecimiento previos a una tal matematización ni siquiera ha sido intentado (cf. pág. 136). Estas dos críticas, tan justas y tan importantes, caerán como baldazos de agua fría sobre la cabeza de más de un lingüista joven, que sin mucha reflexión seguirá la moda imperante de matematización y/o lingüistificación. Pero confiamos que el efecto final de este libro de Granger para la lingüística será muy saludable, porque la investigación se volverá a orientar por fin según problemas a resolver y no, como es usual hoy en día, según métodos (muletas o zancos, según el caso, habría que decir) a aplicar.

Andrés Raggio

\* \*

\*